

ANEXO
GORILAS



EDICIONES IGNOTAS

Tipperary

AÑO I

Núm. 7.

EL REY DE LA SELVA



PEREGRINACIÓN AL TEMPLO DE CARTAGO

TERRA INCOGNITA

El auge de la literatura gorila no tuvo, en un principio, nada que ver con la política. Su preponderancia fue consecuencia del cruce de dos corrientes socio-científicas de finales del siglo XIX: por un lado el darwinismo que, polémica religiosa mediante, comenzaba a imponer sus principios científicos y; por otro, el crepúsculo de la era victoriana y del colonialismo decimonónico que puso punto final a la era de los grandes exploradores.

El gorila, durante mucho tiempo, fue el epítome de la bestia salvaje, el lado oscuro de la humanidad, el representante en carne y hueso del *homme sauvage* que había poblado los textos clásicos y medievales. La personificación del lado más inabordable e indomable de nuestra naturaleza, todo eso que seríamos de no haber existido las leyes evolutivas.

Paul du Chaillu un franco-norteamericano que realizó exploraciones de las selvas africanas entre 1863 y 1865 confirmó, tardíamente, la existencia del gorila. También se encargó de difundir la demonización de este homínido vegetariano y tímido que, por regla natural, elude el contacto con seres humanos y que, en rarísimas ocasiones, ataca. En su tan comentada obra de descubrimientos describía a las bestias peludas como





criaturas más terribles de la tierra, un ser de lo más repulsivo" (Herbert Wendt, 1982: 56).

Sin embargo, hubo avistamientos previos por parte de marineros y cosmógrafos, como Andre Battel, un navegante inglés que, a mediados del siglo XVII, tuvo un encuentro con simios gigantes a los que llamó con el nombre de "Pongos". Battel sostenía que: "tienen la misma estructura que los hombres, solo que por su figura es más un gigante que un hombre, pues es muy alto, tiene cara de hombre, ojos hundidos y largos pelos en las cejas" (Herbert Wendt, 1982: 52). A este testimonio se sumaron otros pocos a los que los naturalistas de aquellos días no dieron demasiado crédito.

La primera mención de un gorila –incluso su resonante denominación– debemos rastrearla en fuentes más antiguas como el antiguo códice titulado *El periplo de Hannon de Cartago* donde se relata una expedición al África ecuatorial durante el siglo VI a.C. Este documento se conserva en el *códex* bizantino *Palatinus Heidelbergensis* que es, al parecer, una traducción griega de una tablilla en idioma púnico, conservada durante siglos, en un templo cartaginés. Lo interesante del texto de Hannon son sus encuentros con unos homínidos salvajes. Herbert Wendt, en *El descubrimiento de los animales, de la leyenda del unicornio hasta la etología,* rescata dos citas de este texto primitivo. La primera dice que los cartagineses vieron montañas: "habitadas por hombres de la selva cubiertos de pieles de animales que, tirándonos piedras, nos impidieron abandonar el abismo" (Herbert Wendt, 1982: 47) y la segunda sostiene que en la isla del cuerno del sur (algunas fuentes señalan que se trata del Cabo Guardafui) surgieron unos: "hombres salvajes, entre ellos mujeres de cabeza peluda que nuestros intérpretes llamaron gorilas" (47). Poco después, describe una rencilla y sus consecuencias: "… apresamos tres mujeres; sin embargo mordieron y arañaron a nuestros jefes y no quisieron seguirnos. Tuvimos que matarlas, les quitamos la piel y las llevamos a Cartago" (47). Esta primitiva versión trae consigo algunas problemáticas que superan las ambiciones de esta introducción. Simplemente, como curiosidad, señalaremos lo que los eruditos han elucubrado acerca de las etimologías en relación al nombre que usa Hannon –o sus sucesivos copistas– en el texto. Plinio, el viejo, en su enciclopédica *Historia Natural* se hizo eco de ese pergamino y anotó:

> "*Cuentan que, enfrente de este cabo, están también las islas Górgades, morada en otro tiempo de las Gorgonas, a una distancia de la tierra firme, según dijo Jenofonte de Lámpsaco, de dos días de navegación. Llegó hasta ellas Hanón, general cartaginés, y relató que el cuerpo de las mujeres estaba cubierto de vello y que los hombres habían escapado a su vista gracias a su velocidad.*
>
> *En calidad de testimonio y como portento, ofrendó las pieles de dos mujeres de las* órgades *en el templo de Juno, donde quedaron a la vista hasta la toma de Cartago*". (*Historial Natural*, Libro VI, 416-17)

Al parecer el mito de las gorgonas, para algunos teóricos, tuvo su inicio durante la exposición de estas tres pieles en el templo de Melkart, en Cartago, dedicado al sanguinario dios Moloch. Siguiendo el periplo de Perseo en África, este semidiós se enfrentó a las gorgonas en el continente negro. De hecho, en sus representaciones más antiguas, en pinturas y vasijas, se las describe como feroces seres peludos de enormes colmillos. Por otra parte, Wendt agrega que "gorel", en cartaginés, significa "el que araña". "Gorila" sería su acepción en femenino.

Recapitulemos, antes de que du Chaillu revelara la existencia de los grandes homínidos, dos misioneros de nombre Thomas Wilson y Thomas Savage traficaron cráneos de gorilas y sembraron las semillas del miedo en la cultura occidental. Se encargaron de difundir la leyenda acerca de la ferocidad violenta de estos pacíficos simios y, también, de bautizarlos con el nombre que Hannon había utilizado en su texto exploratorio. Du Chaillu se sirvió de estos informes para llevar adelante su expedición que concluyó con el descubrimiento y con el libro *Viajes y aventuras en África ecuatorial*. Fuente irreductible de la literatura de peripecias que poblaría los textos de finales del siglo XIX y principios del XX.

AVENTURAS EN PÁGINAS AMARILLAS

Naturalmente, el descubrimiento de este homínido tuvo repercusión en los periódicos y réplica inmediata en la literatura con novelas como *The Gorilla Hunters: A Tale of the Wilds of Africa* (1861) de R. M. Ballantyne que sirvió de continuación a *La isla de coral* (*The Coral Island*, 1857). En esta nueva aventura, los jóvenes náufragos de la primera novela se reúnen para buscar a los homínidos recientemente descubiertos por la ciencia, cuyos esqueletos aún no habían sido expuestos en los museos londinenses. La expedición termina con una matanza indiscriminada de más de cien gorilas, en las que las escenas de empatía brillan por su ausencia. Naturalmente, sería necio pedirle otra



cosa a un texto escrito en pleno período victoriano, donde la caza mayor era el principal pasatiempo de la sociedad pudiente y en el que conceptos como *el cuidado ambiental* o *la matanza animal* eran propiedad intelectual de unos pocos inspirados.

En 1879, el escritor y caricaturista francés Albert Robida publicó *Voyages très extraordinaires de Saturnin Farandoul* (que alcanzó en 1884 su primera traducción al castellano). La novela funciona como una parodia de los viajes extraordinarios de Jules Verne. Robida, con mucho pulso literario, destruye las mejores obras del creador de *La Tierra a la Luna*, al tiempo que las ilumina con sus geniales ilustraciones. Lo llamativo es que la primera novela del ciclo se titula *El rey de los simios*, haciendo alusión al pasado del protagonista, el mismísimo Saturnin Farandoul, que fue criado por una tribu de homínidos en las selvas asiáticas. Este subtítulo fue adoptado, décadas después, por Edgar Rice Burroughs para la creación inmortal de Tarzán.

Poco a poco, se fueron sumando textos de otros autores, también fascinados por el paisaje africano, como H. Rider Haggard que, en 1885, dio a luz *Las minas del rey Salomón* (*King Solomon's Mines*). Primera novela de la extensa saga del aventurero –y feroz cazador– Allan Quatermain. En *La flor sagrada* (*The holy flower*, 1915), Quatermain parte a regiones inexploradas del continente negro para hacerse con una extraña orquídea, protegida dentro de un recinto sacrosanto donde es venerado un gorila gigantesco. Este antropoide posee hábitos poco civilizados que lo llevan a alimentarse de esclavos y de los pocos audaces que visitan el templo.

Para principios del siglo XX, el gorila se había transformado en el principal protagonista de artículos periodísticos que describían cacerías en regiones salvajes, constituyéndose en el monstruo que servía de contracara perfecta a la evolución humana. Como ya dijimos, el cuadrúmano era la rencarnación más inmediata del hombre salvaje, el que había acechado a la humanidad camuflándose en el pellejo peludo de los faunos o encarnándose, durante el Medioevo, en los hombres silvestres o *wudewasa* que representaban el lado más elemental del hombre.

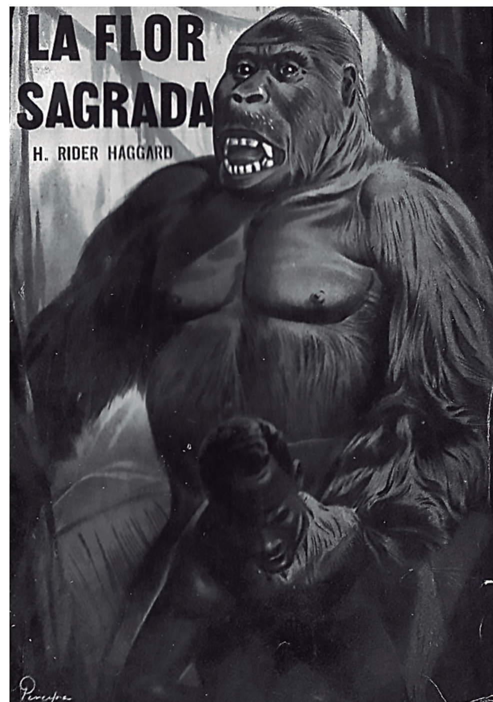
Volviendo a la literatura arbórea, debemos destacar la obra: *Captured by apes; or How Philip Garland became king of Apeland* de Harry Pretince, publicada en New York en 1892. La novela, si bien no cuenta un

encuentro con gorilas, relata la historia de un naufragio y la convivencia de su joven protagonista con una tribu de chimpancés. Tribu en la que termina imponiéndose como amo y conductor, por lo que sirve de antecedente a obras más trascendentales y memorables como *Tarzan of the apes* (*The All-Story*, 1912) e, incluso, a la pequeña novela que se publica en el tomo II de esta edición*: Kinko, el rey de los gorilas*. Lo curioso, además, es que la obra de Pretince se adelantó, en dos años, al clásico de Ruyard Kipling, *El libro de la selva* (*The jungle book*, 1894). Auténtico manual literario de cómo escribir una historia de niños ferales.

Pero el arquetipo definitivo del hombre silvestre fue Tarzán. El mérito de Burroughs es que los lectores percibimos de inmediato la naturaleza atávica del personaje. Sus matices civilizados no son más que imposturas, el simio pervive en todo momento en el brillo feral de sus ojos grisáceos, oscurecidos por su cabello revuelto y sus cejas pobladas. Tal vez por ello, la creación de Burroughs haya tenido tanta aceptación en una sociedad que había perdido, tras el proceso de industrialización del siglo XIX, el contacto directo con la naturaleza.

El llamado "Hombre-Mono" abrió las puertas del imaginario primitivo. De esos enigmas y amenazas que los lectores de las grandes ciudades –enajenados por la jungla de cemento en la que viven alienados– anhelan enfrentar. Las aventuras del huérfano aristocrático lo condujeron a descubrir los secretos y peligros que pervivían en el interior de la jungla: desde la lucha con todos los grandes animales que pueblan el continente, el hallazgo de civilizaciones perdidas y tesoros inmemoriales, hasta el combate con especies extintas como dinosaurios u homínidos relictos.

Según Edgar Rice Burroughs, Tarzán fue criado por una especie desconocida de grandes simios conocidos como *manganis*. Phillip José Farmer –el mayor especialista en la obra del creador del hombre mono– elucubró en su biografía apócrifa *Tarzan Alive* (Doubleday, 1972) que se trataban de los remanentes de una subespecie de australopitecos robustos que sobrevivían en lo profundo del continente. Sin embargo, las sucesivas adaptaciones que tuvo la obra en el cine o en la historieta, por cortar por lo sano, fusionaron esa especie misteriosa con los gorilas. El romance de Burroughs con los grandes simios del África ecuatorial no se acabó en esta saga, sino que lo





acompañó en todo el vasto universo de su literatura.

En 1896, durante sus años más geniales y prolíficos, H. G. Wells publicó la alucinante obra *La isla del doctor Moreu* (*The Island of Doctor Moreau*). En esta novela, Wells llevó al darwinismo hasta su última consecuencia. Un científico loco resuelve acelerar la evolución en animales salvajes a través de un tortuoso proceso de cirugías. Su primera víctima es un gorila con el que el doctor decide practicar el moldeado de un ser humano. El resultado termina por ser catastrófico. El atavismo no puede ser maquillado por el genio científico y todo concluye en desastre.

La obra fue traducida al francés en 1901 por el periódico *Le Mercure de France* y ejerció fascinación entre los narradores populares de ese país. En 1908, el autor Maurice Renard dedicó a H. G. Wells su novela *Le Docteur Lerne, sous-dieu*, intentando, de ese modo, maquillar lo que era un evidente plagio. El libro narraba las peripecias de un científico que realizaba el trasplante de un cerebro de un humano a un simio.

Ambas novelas tuvieron dos réplicas inmediatas que ahondaron en la misma senda. Apenas un año antes de la publicación de Tarzán, entre julio y agosto de 1911, en el periódico *Le Journal*, Henri-Georges Jeanne Magog publicó *Le Roman d'un singe* que mutaría luego por el título más sensacionalista de *L' Homme qui devint gorille* (y en castellano por el escueto *El gorila humano*, revista Tit-Bits, 1951). Esta novela corta narraba las andanzas y desgracias de un hombre al que injertaban sus sesos en el cuerpo de un gorila. Seguramente, como respuesta a esta obra, Gaston Leroux publicó en octubre de ese mismo año, en el periódico *Le Matin*, *Balaoo*. Novela que retrataba las aventuras de un pitecántropo hallado en la isla de Java. Su descubridor, un científico con exóticas aspiraciones filántropas, lo sometía a dolorosas operaciones para humanizarlo. Este texto, delirante y entretenido, tuvo, también, tempranas adaptaciones cinematográficas.

LOS DEVANEOS DEL HUMANZEE

Es evidente que la idea que subyacía en estas obras era la de la hibridación simio-humana conocida por el acrónimo de *humanzee*. Los informes acerca de los éxitos o fracasos de es-

tos experimentos nunca fueron bien documentados o dignos de créditos. Sin embargo, a principios del siglo XX, un cirujano de raíces rusas, de nombre Serge Voronoff, propuso el rejuvenecimiento masculino y la revivificación sexual a través del injerto de glándulas de mono en los testículos. Su método atrajo la atención de la prensa y el cirujano tuvo su pequeños quince minutos de fama, incluso dictó varias conferencias en la Argentina que recibieron una amplia cobertura periodística. Su sistema fue el tema de obras teatrales nacionales, con visos guiñolescos, como *Las glándulas del mono* de J. Alonso y J. de la Riva, *El sistema Voronoff* de Miquix del Solar y Antonio Murel y la obra teatral de ciencia ficción *Los injertados (boceto dramático del futuro en un acto)* de Carlos Bertarelli, estrenadas entre 1923 y 1926.

KING KONG Y PRIMOS LEJANOS

El colonialismo europeo en la literatura tiene, al menos, dos miradas. Por un lado, autores como Joseph Conrad o Ferdinand Céline la abordaron desde una perspectiva nihilista. Según sus parámetros, la sociedad occidental estaba condenada a diluirse ante la continua exposición de las fuerzas cosmogónicas de la naturaleza, que terminan ejerciendo un desgaste irreversible sobre los conductores de nuestra cultura. La sociedad europea, en las antípodas de ese universo, está condenada a licuarse ante el contacto con los elementos primigenios y atávicos del origen del mundo. En cambio, en las novelas juveniles y fantasiosas –de los primeros años del siglo XX– exaltaban los avances de la sociedad occidental sobre los países subdesarrollados. Los peligros selváticos no eran más que distracciones lúdicas y deportivas. Los gorilas si no eran bestias feroces; eran personajes de relleno que solo servían para la vis cómica que llevaban adelante los caracteres secundarios. Esta mirada se agudizaría en el cine y en la historieta.

Las hazañas de nuestros primos peludos tendrían su colofón en 1933 cuando dos documentalistas –especializados en la vida salvaje africana– Merian C. Cooper y Ernest B. Schoedsack llevaron adelante una superproducción que marcaría un antes y un después en la era de los efectos especiales del arte cinematográfico. La historia se tituló *King Kong*





y explotó, de manera pantagruélica y desmedida, el imaginario colectivo que existía entonces alrededor de la figura del gorila.

En base a un bosquejo que el autor de novelas de misterio, Edgar Wallace, escribió para los productores –titulado provisoriamente como *The Terror*– King Kong utilizó los códigos de las novelas prehistóricas que autores como Conan Doyle o J. H. Rosny escribieron a principios del siglo XX, fusionándolos con los relatos de aventuras ultramarinas de los *pulps* de aquellos días. Como bien señala Alejandro Vignati en su libro *King Kong, el simio erótico* (A.T.E., 1976), la película no es más que una adaptación tardía del relato clásico de la bella y la bestia que J. M. Leprince de Beaumont inmortalizó en el siglo XVIII. El film, ya lo sabemos, fue un éxito sin precedentes, por lo que no faltaron imitadores de ese fenómeno.

La editorial Tor –que siempre fue veloz para percibir las necesidades del mercado– salió a la calle, casi de inmediato, con el libro *Tarzán y el monstruo*. El estreno del film fue en julio y la edición del libro en noviembre de 1933. No se trataba de una novela de Edgar Rice Burroughs, sino de un texto de Alfonso Quintana, autor fantasma de la nómina de la editorial. La novela formaba parte de una saga apócrifa que Tor había creado *ex profeso* para explotar el éxito de Tarzán, a mayor velocidad de la que podía escribir su propio creador. Recordemos que la editorial Tor editaba uno de estos libros por semana y que, por entonces, Burroughs había escrito solo la mitad de su saga tarzánida. La novela, redactada apresuradamente, se limitaba a describir la aparición de un simio gigantesco que había dormido durante millones de años y que, terremoto mediante, se despertaba de su infinito letargo. Tarzán no solo debía enfrentarse a este portento, sino también a los parásitos que vivían dentro del enmarañado pelaje del monstruo. Un delirio digno del surrealismo más extremo.

En 1939, se publicó, póstumamente, en las páginas de la legendaria revista *Weird Tales*, la novela *Almuric* de Robert Howard, creador de *Conan, el bárbaro*. Este romance planetario que tiene por protagonista a un personaje que parece escapado de algún cuento policial de Robert Leslie Bellem, describe las aventuras de un asesino accidental que termina viajando a otro planeta donde se enfrenta a los feroces “Gura”. Unos hombres gorilas

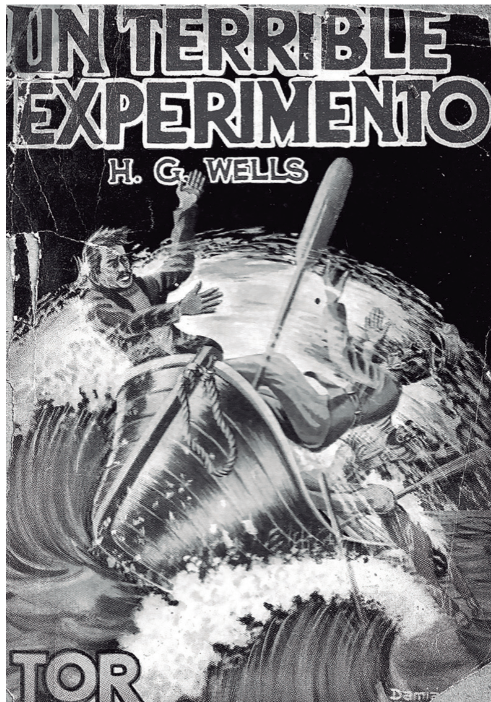
que intercambian fluidos seminales con chicas que parecen salidas de calendarios *Pin Ups*.

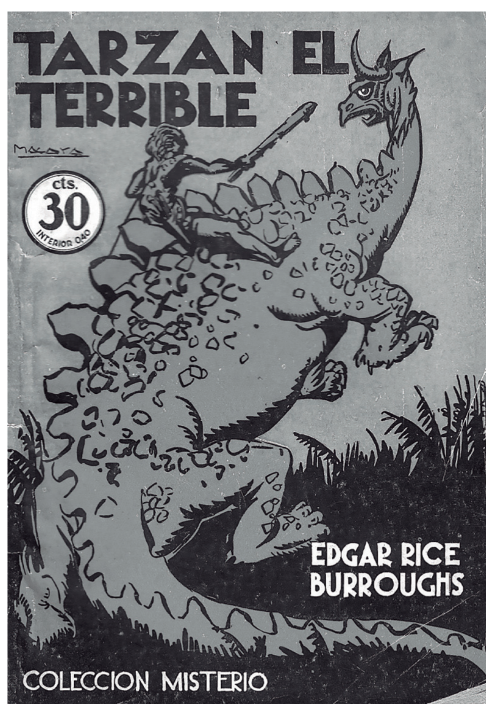
H. P. Lovecraft también cayó en la fascinación por los cuadrúmanos. En su cuento: *The white ape* –o, simplemente, *Arthur Jermyn*– de 1921, traza un milenario árbol familiar alrededor de su misterioso protagonista. El árbol genealógico oculta un pasado sumergido en las profundidades selváticas del Congo, en el que se erige una ciudad dominada por gorilas albinos de los que, al parecer, el propio Jermyn es su abominable descendiente.

Volvamos, ahora, a nuestra geografía para señalar una rareza nunca citada hasta la fecha. En 1900 se editó en Milán, Italia, la novela *Alla corte d'un gorilla* (*En la corte de un gorila*, 1900) escrita por el periodista italiano Manfredo Baccini. En esta obra, el protagonista recibe una misteriosa esquela en la que se lo invita a visitar un palacio de cristal que se alza en el interior de Buenos Aires. Una vez en nuestro país, es conducido en un lujoso carruaje a una geografía imaginaria donde se alza el palacio. Lo insólito es que ese lugar está poblado por toda clase de simios y monos que son dirigidos por un gorila de costumbres humanizadas, el cual gobierna sobre una sociedad utópica e hirsuta. Esta obra olvidada, no solo es una curiosidad por su ubicación geográfica, sino porque se adelanta más de sesenta años a uno de los clásicos más influyentes de la ciencia ficción, la reconocida novela distópica *El planeta de los simios* (*La planète des singes*, 1963) de Pierre Boulle.

EL GORILAJE CRIOLLO

Hay que admitir que la literatura argentina no abundó en la explotación del recurso homínido para los textos que pueblan nuestra historia narrativa. Roberto Arlt se sirvió de él para titular su reconocida antología cuentística *El criador de gorilas* (1941). El mismo autor firmó la introducción de un libro de poesías exóticas que Ferrari Amores publicó en 1933 con el título de *Poema de la bruja y el gorila* (Editorial Rañó, 1933) que un año después fue grabado como milonga. La crítica consideró que los poemas de Amores –autor, cantante y cuentista de relatos policiales– eran legibles, siempre y cuando el lector aceptara





que el tema del libro era lo sexual y lo instintivo. Dos cualidades que podemos reconocer fácilmente en los homínidos del África ecuatorial.

Arlt fue también el autor del cuento "La venganza del mono" en el que un antropoide se venga de un humano. En los años cincuenta, encontramos el cuento: "El gorila prófugo" en *El asesino está en la cárcel* (Hachette, 1953) de Ameltax Mayfer (seudónimo de Abel Mateo). Y, apenas un año después, Daniel Hammerly Dupuy publicó para la misma editorial el libro de viajes y exploraciones *Por tierras de gorilas, antropófagos y Mau Mau*.

Dupuy era un pastor adventista que dio a luz infinidad de textos de divulgación científica, muchos de ellos rozaban lo estrambótico o la ciencia ficción como sus libros *El mundo futuro* (Sudamericana, 1946) o *El superhombre: en la historia* (Sudamericana, 1940). El libro que citamos dedica un capítulo al encuentro del autor con los gorilas en los montes volcánicos de Mikeno. Lamentablemente, la veracidad de los textos de Dupuy es poco fiable, por lo que gran parte de sus hazañas no son más que reescrituras de famosos relatos de exploradores occidentales que ya habían paseado por esas geografías salvajes. Las fotos que usó para revelar el itinerario de su viaje nunca lo muestran en cámara e, incluso, tiene el descaro de utilizar la imagen de un gorila que probablemente esté embalsamado con un epígrafe que anuncia: "Un gorila del Monte Mikeno en estado de alerta" (Daniel Hammerly Dupuy, 1959: 80).

La nominación de tintes políticos de "gorila" surgió en la Argentina de 1955, cuando el programa radial "La Revista Dislocada" lanzó una canción que el público interpretó como una referencia velada a los golpistas de la mal llamada "Revolución Libertadora". La canción poseía un latiguillo elocuente que decía: "Deben ser los gorilas, deben ser/ que andarán por allí./ Deben ser los gorilas". El tema, según su autor, Aldo Cammarota, había surgido, simplemente, como una parodia a la película *Mogambo*, protagonizada por Clark Gable y Ava Gardner.

HOMÍNIDOS EN SU PULPA

Los dos textos que forman parte de la presente antología, dividida en dos tomos, se publicaron durante 1933 y 1934 en *Pucky Magazine: la lectura*

para todos. Junto con *Tit-Bits* fue uno de las revistas más exitosas del imperio editorial de Manuel Láinez, fundador del periódico *El Diario* y de revistas como *Astrolandia*, *Ra-Ta-Plán*, *El Gorrión* o *El Popular Magazine*.

La primera encarnación de este magazine quincenal y, ocasionalmente, semanal, se extendió desde agosto de 1921 hasta abril 1937, en que publicó su último número, el 705. Posteriormente, a fines de 1949, volvió a editarse junto con la revista *Tit-Bits*, pero, a pesar de los intentos de modernización, la fórmula de ambas revistas ya estaba agotada por lo que el proyecto fracasó.

Pucky era la contracara de su revista hermana, la exitosa *Tit Bits,* que había salido al mercado doce años antes, en 1909, y que se distinguía por alcanzar un tamaño casi tabloide. *Pucky*, en cambio, siempre mantuvo sus dimensiones de formato *pulp* (17 x 26 cm). Las fuentes literarias que alimentaban esta revista eran eclécticas, muchos textos provenían de los magazines ingleses que nucleaba la *Boys' Friend Library*, productos de la exitosa editorial Amalgamated, responsables de la impresión del célebre detective holmesiano, Sexton Blake. También libaba de fuentes más secundarias y difíciles de rastrear e, incluso, de revistas de ciencia ficción como la exitosa *Wonder Stories*.

Los textos eran variados e intentaba —en su poco más de 60 páginas— conformar a todos los públicos. El lector podía encontrar novelas de piratas, de aventuras selváticas, áreas, científicas, de misterio, de horror, sentimentales, históricas, westerns, deportivas, mechadas con cuentos, chistes, notas informativas y algunas pocas planchas de historietas. En definitiva, se ajustaba a los cánones comerciales que primaban en esos días, en el que las revistas juveniles intentaban conformar a todos los lectores con un contenido ecléctico y abarcador. El resultado era un popurrí que hoy sería difícil de definir, pero que se explica si se recuerda que, durante la primera mitad del siglo XX —cuando las producciones hemerográficas poblaban los puestos de diarios—, las revistas eran leídas por todo el núcleo familiar. Durante ese primer lustro de la década del 30, *Tit Bits* y *Pucky* eran dos de las revistas más populares. Su competencia eran *Bobby*, *El Purrete*, *John Bull*, *Aventuras* o las publicaciones de Atlántida, encabezadas por *Tipperary* y *Billiken* (que solía mechar novelas por entregas).





La invasión de los gorilas de Justin Shaw se publicó en el número 536 de la revista *Pucky*, el 5 de enero de 1934, en plena temporada veraniega, cuando los jóvenes lectores buscaban emociones más elocuentes en las revistas que consumían. Se extendió durante diez entregas hasta el número 546 del 16 de marzo de 1934. La historia, simple y esquemática, relata las desventuras de unos londinenses que intentan sofrenar a las hordas de un científico loco, titulado con el rimbombante nombre de "Demónico", que se sirve de unos gorilas entrenados, llamados Kunakos, para destruir la capital inglesa.

Lamentablemente, hasta la fecha, no hay datos biográficos del autor Justin Shaw. Es probable que se trate de un seudónimo de algún autor inglés de segunda línea. Originalmente, la novela se publicó, durante once entregas, en la revista *The Ranger*, entre septiembre y diciembre de 1933, con el título original *The Marching Apes*. Apenas un mes después de su edición original, se comenzó a publicar en la revista *Pucky*. Seguramente la novela de Shaw haya sido un producto directo de la sombra que proyectó King Kong sobre la cultura popular. Se pueden trazar paralelismos entre *La invasión de los gorilas* y el film, sobre todo en su holocausto final, en el que el gorila Nerón y su amo Demónico resisten, en la cima de la torre de una chimenea industrial, el ataque aéreo de unos aviones de combate. Recordemos, además, que la historia del simio gigante había sido serializada durante 1932 en la revista *Mystery Magazine* y luego impresa en formato de libro. Antecediendo, de este modo, al propio estreno del film. Se trataba de una novelización realizada por el periodista Delos W. Lovelace, basándose en el guion de la película.

En cuanto a *Kinko, rey de los gorilas*, al igual que el texto anterior, también se publicó en la revista *The Ranger*, con el título: *Kinko, King of the apes!* Por razones desconocidas no se acreditó la autoría de la novela. La obra se publicó en solo dos números consecutivos, el 33 y 34 de la revista inglesa, o sea, desde el 26 de septiembre hasta el 3 de octubre de 1931. En la revista *Pucky*, *Kinko, el rey de los gorilas* se publicó dos años antes que la psicotrónica obra de Justin Shaw. La novelita relata las aventuras de Bob, un niño que se extravía accidentalmente en la selva y que, muy pronto, se las arregla para

reinar sobre una manada de gorilas. Se imprimió en *Pucky* en el número 453, el 3 de junio de 1932, y se extendió hasta el número 464 del 19 de agosto del mismo año.

MÁS ALLÁ DE LA SELVA

Antropólogos, observadores y conservacionistas queremos creer, finalmente, derribaron el mito tejido en derredor del difamado gorila. En la primera mitad del siglo XX, taxidermistas como Carl Akeley, primatólogos como Harold Clyde Bingham o naturalistas como George Schaller fueron los primeros en desmentir los rumores que se habían asentado en rededor de los grandes simios. Pero, sin duda, fue Dian Fossey que dedicó su vida a la observación de estos pacíficos y, por momentos, exaltados antropoides, la que cambió para siempre la percepción popular que se tenía sobre los gorilas. Como muchos animales amenazados, el principal monstruo que conmina su existencia es el ser humano. La mítica máscara de la Gorgona no es más que el reflejo de nuestro rostro. Durante más de un siglo y medio, el gorila ocupó el papel de monstruo irredento. Más allá su encanto, de la fuerza narrativa que su figura destila y del poder atávico de sus representaciones; el gran antropoide es un tímido gigante que vive confinado en estrechas y todavía amenazadas reservas del centro de África. A pesar de lo cual, su mezquino primo lejano, el hombre, ha conseguido insuflarlo con una ferocidad legendaria, para que los textos que pueblan la literatura de aventuras hagan honor al poderío que su anatomía transmite a la imaginación humana.

Pepe Muñoz

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:

A.A.V.V. (2016). *Libro de Oro Cinefanía: Monstruos*. Buenos Aires: Cinefanía Ediciones.

Alejandro Vignati (1976). *King Kong. El simio erótico*. Barcelona: A.T.E.

Alfonso Quintana (1933). *Tarzán y el monstruo*. Buenos Aires: J. C. Rovira.

H. Rider Haggard (1951). *La flor sagrada*. Buenos Aires: Acme.

Hammerly Dupuy, Daniel (1959). *Por tierras de gorilas, antropófagos y Mau Mau*. Buenos Aires: Hachette

Herbert Wendt (1982). *El descubrimiento de los animales. De la leyenda del unicornio hasta la etología*. Barcelona: Planeta.

Manfredo Baccini (1900). *Alla corte d'un gorilla. Racconto fantástico*. Milano: Remo Sandron.

Philip José Farmer (1981). *Tarzan alive*. New York: Playboy Paperbacks.

Plinio Segundo, Cayo (2003). *Historia Natural. Libros VII-XI*. Madrid: Gredos.

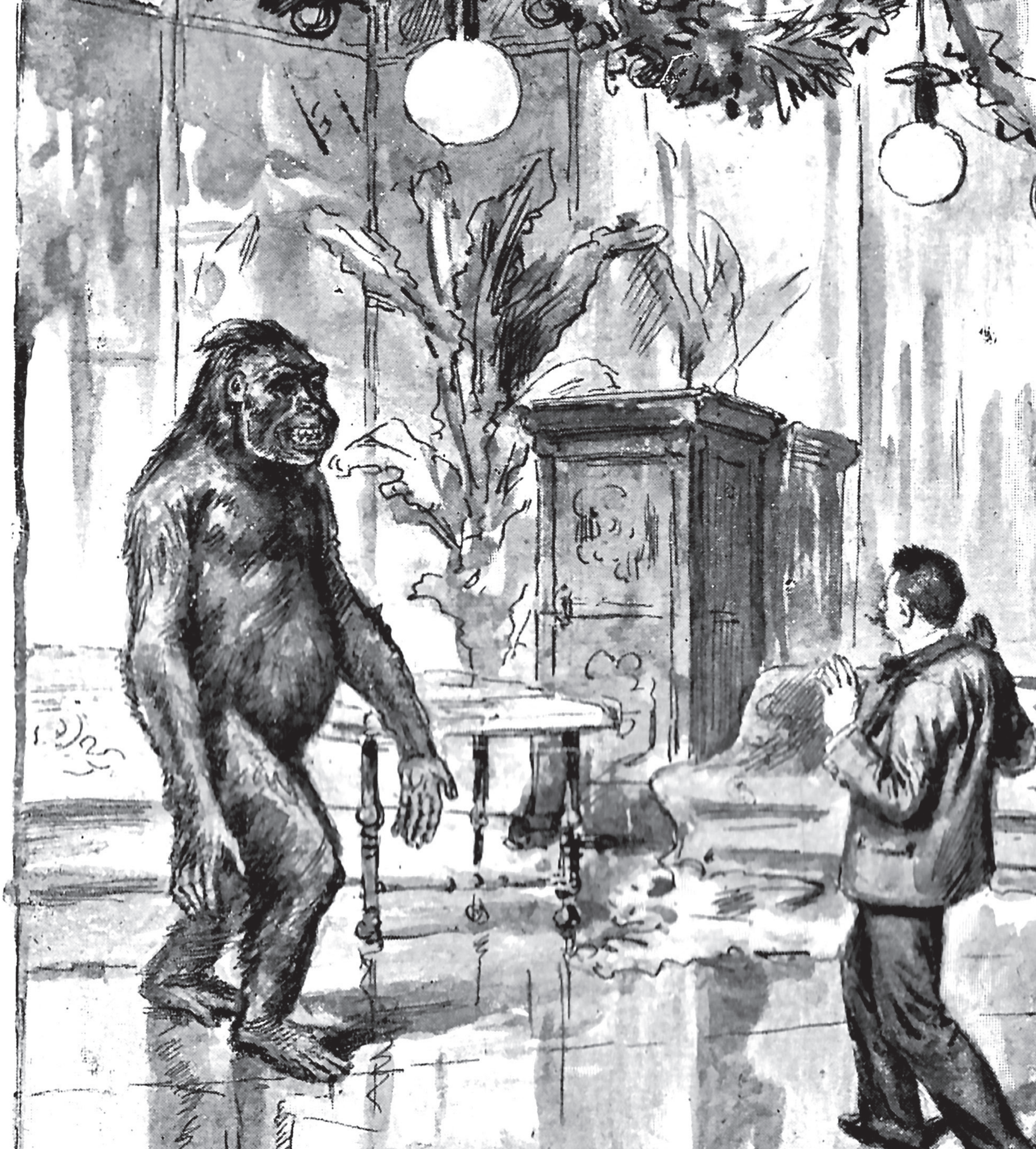


Ilustración interior para *Alla corte d'un gorilla* (*En la corte de un gorila*, 1900) escrita por el periodista italiano Manfredo Baccini.

Este folleto se terminó de imprimir en el mes de abril 2025,en Elias Porter Talleres Gráficos,Plaza 1202, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Elias
PORTER
TALLERES GRÁFICOS
OFFSET / DIGITAL